

**GACETA
DEL ÁNGEL**
GERMÁN DEHESA

Pascua de Resurrección



La manera ideal para que opere el encanto de la Pascua, es usar calzones rojos. Esto es algo muy confidencial que someto a tu considera-

ción, lectora lector querido, con la confianza de que sólo se lo harás saber a personas de tu muy alta predilección, porque no es algo que deba chotearse entre la pelusa infame, que muchas veces y según he comprobado entre los altos mandos de "Reforma", ni a calzones llega. Entonces, lector, pico de cera y tú no sabes nada.

Quizá este artículo lo comencé mal, porque lo primero que habría tenido que hacer sería desearles a todos ustedes unas felicísimas Pascuas de Resurrección. Como bien saben ustedes, yo no profeso ninguna religión. Todas ellas me parecen acalambantes de un modo u otro y aquí estoy incluyendo de modo principal ese catolicismo azteca que mi madre se obstinó en inculcarme aunque fuera a martillazos. No se pudo. Me basta ver a Marcial Maciel, o al inefable Onésimo, o a ese taquero místico llamado Norberto para saber a ciencia cierta que nada se me perdió a mí en la Iglesia Católica mexicana. Todo lo dicho no quiere decir que no experimente una indispensable y constante ur-

gencia de religiosidad para mi vida y para mi mirada. Sé bien que todo esto cae dentro de las experiencias que han de vivirse en la más honda intimidad. No soy misionero, ni párroco de mis creencias religiosas. Pero hay una excepción: la fiesta de Pascua de Resurrección. Es la festividad religiosa que más me gusta y que con más vehemencia me mueve a celebrarla y a proclamarla. Para mí, la Pascua es la festividad más gloriosa del hombre.

Hay una muerte que llega a nosotros como llega la guillotina. Tacos callejeros, combi descontrolada, caída súbita y vertiginosa de algún espectacular, viaje en algún avión oficial, más la surtidísima variedad de enfermedades a nuestra disposición que cualquier día se alojan en nuestro costado y nos quitan de sufrir en un plazo muy breve. Con esa muerte no quiero saber nada. De lo que yo quiero hablar es de esas pequeñas muertes que, muchas veces sin saberlo, padecemos todos los días. Nos morimos por desamorados, por egoístas, por falta de respeto al otro, por falta de valentía, de audacia, o de imaginación. Nos morimos por la pura cobardía frente a la vida que tantas veces nos invita a la aventura y al riesgo; nos morimos lentamente cuando nos dedicamos a imaginar las consecuencias terribles de alguno de nuestros actos. Cuando finalmente se presentan estas consecuencias vienen a resultar irrisorias junto a las que nuestra megalomanía y nuestra egolatría habían imaginado. De tantas maneras nos morimos cada día. Damos o recibimos la pequeña muerte (la muerte chiquita) por una mirada que con su solo poder, nos arrebató la vida; nos mo-

rimos por algunas palabras que alguien deposita en nuestro oído, tal como ocurre con ese veneno que es vertido en la oreja del padre de Hamlet, la calumnia, el chisme, la imprudencia, la indiscreción, el insulto y la ruindad son algunas de las maneras de matar que tiene la palabra.

Es rarísimo ese ser que llega a la noche sin haber recibido ni siquiera un arañazo. Lo que es frecuente es que no nos demos cuenta en el momento del trizadero que han hecho con nuestro espíritu tantas almas bondadosas que hacen y dicen lo que hacen y dicen por una sola cosa: por nuestro bien.

Damos la muerte también cuando nos imponemos la estúpida tarea de destruir la ilusión o ilusiones de alguien. Por esto tiene que ser tan exquisito y discreto nuestro trato con los jóvenes.

Matamos y morimos todos los días. Es justo y gozoso que un día del año lo dediquemos a resucitar para volver a ser reales y a que Dios nos acepte como acepta las flores, las tormentas y los pájaros. Felices Pascuas.

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDXXVII (1527)**

ARTURO MONTIEL ROJAS.

Cualquier correspondencia con esta resucitada columna, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R.)

